

Rafael Plá León

## Pensar la revolución. Acerca del problema de la concepción teórica de la revolución en el pensamiento y la práctica de Lenin

---

**Resumen:** *El artículo trata de la experiencia teórica del proceso revolucionario en Rusia desde la perspectiva de Lenin, su líder principal. Considera momentos desde la formación del partido bolchevique hasta la construcción del socialismo en la Rusia soviética, pasando por las experiencias de las revoluciones rusas, especialmente la de octubre de 1917.*

**Palabras clave:** *Revolución. Teoría. Rusia. Lenin.*

**Abstract:** *This article deals with the theoretical experience of the Russian revolutionary process from Lenin's perspective, its main leader. It considers moments from the formation of the Bolshevik party to the construction of socialism in Soviet Russia, taking into account the experiences of all the Russian revolutions, especially the one occurred during October on 1917.*

**Keywords:** *Revolution. Theory. Russia. Lenin.*

Puede parecer exagerada la versión marxista-leninista de presentar los hechos relacionados con la Revolución de Octubre como si todo hubiera estado muy bien concebido desde el principio en el pensamiento de los bolcheviques y, especialmente, en el del principal de sus líderes políticos, Vladímir Ilich Lenin.

Quien se haya formado en aquel mundo puede dar fe de que al Lenin canonizado por

Stalin y sus sucesores se le rendía un culto poco menos que sagrado. Con esto no ganaba mucho la ideología comunista, ya que esa reverencia a sus líderes contrastaba con el espíritu de camaradería que debía reinar entre comunistas verdaderos, y que existía realmente en el partido bolchevique que condujo las acciones políticas en Rusia desde noviembre de 1917. El culto a la personalidad, que tuvo con Stalin su máximo esplendor, fue ajeno a Lenin y desdice mucho de los principios e inteligencia del líder que fue Lenin. Provoca incluso la reacción contraria de los enemigos e indiferentes, quienes entonces subvaloran la capacidad teórica de Lenin al frente de un proceso revolucionario como el ruso, tan contradictorio.

Sin embargo, hay que reconocer que la Revolución rusa fue, más que cualquier otra en la historia, una revolución *pensada*. La teoría que le sirvió de guía fue el marxismo, el cual fue asumido por los principales líderes bolcheviques desde bien temprano en la labor de fundar un partido proletario que se foguease en su misión histórica de sepultar al capitalismo como sistema, buscando construir otro tipo de sociedad ajena a la explotación de unos hombres por otros.

La teoría es un ejercicio del pensamiento que consiste en reducir la diversidad a unidad. Con esta operación se logra comprender un fenómeno como parte de un todo, que es como decir: comprender la génesis del fenómeno a partir de *otro* fenómeno distinto e incluso *contrario*, su evolución por distintas fases que se van *negando* a sí mismas para superarse continuamente y su

finalidad de pasar a *otra* cualidad, donde se repita el mismo ciclo dialéctico. Quien haya estudiado sin prejuicios el material que componen las obras de Lenin –para no hablar de otros líderes bolcheviques– podrá apreciar al menos que acerca de los pasos a seguir en el camino de la revolución se vertieron numerosas ideas con pretensiones teóricas. No quiere esto decir que en todo momento fuera este método infalible, pero sí explica mucho del éxito rotundo de los bolcheviques en la labor de propaganda de sus ideas y de la forma en que las supieron llevar a efecto.<sup>1</sup>

Desde las luchas de Lenin contra los populistas, precursores rusos de la revolución (contra quienes batalló por discrepancias eminentemente teóricas acerca de los métodos que debía llevar la acción revolucionaria), hasta su última lucha, ya en cama, por organizar la sociedad soviética creada por la Revolución de Octubre, pasando por todo tipo de cuestiones, el líder ruso imponía la línea de que para opinar sobre estas había que estudiar previamente la situación, no solo con fina intuición, sino con el material que ofrecían los clásicos del marxismo, las estadísticas oficiales y no oficiales, las opiniones de otros autores o personalidades conocedoras; es decir, manejar un material *teórico*. Esta línea daba una ventaja increíble frente a otras que lo apostaban todo al arrojó revolucionario o a las maniobras oportunistas del legalismo burgués.

En el presente trabajo se intentará demostrar la existencia de un acervo teórico en Lenin, a través de los distintos momentos en que los giros de la revolución le impusieron tocar diversos temas. No se intentará evaluar si estaba o no en lo cierto, si se equivocaba o no ante las distintas circunstancias. Situaciones fueron varias donde la opción de Lenin no complació a sus propios compañeros y muchas veces su liderazgo se impuso a fuerza de una especie de chantaje político a sus correligionarios, cuando amenazaba con ir a las bases a hacer propaganda de su posición frente a la mayoría del Comité Central de su partido. Hoy, muchos de los que se acercan a este material apreciarán erradas ciertas decisiones políticas o desquiciadas determinadas posiciones teóricas. Solo nos interesa demostrar la consecuencia teórica que se observa en Lenin, la insistencia en este tipo de abordaje de los asuntos y la flexibilidad

que mostraba ante los cambios que impusiera la situación política concreta de que se tratara, en donde esgrimía la dialéctica materialista del marxismo como arma para comprender y explicar la transformación de las circunstancias.

Asumir el marxismo como teoría significa tener como valioso el pensamiento de Marx y Engels, creadores de una visión diferente del mundo, que les permitió descubrir las leyes del desarrollo de la sociedad a ellos contemporánea, la sociedad capitalista, así como las tendencias de la misma. La teoría marxista transmite una experiencia determinada en la lucha de la clase proletaria, que es la que resulta dominada en la relación entre capital y trabajo. Esa experiencia recoge a su vez, gracias a la visión de sus creadores, la herencia de lo mejor de la cultura universal, permitiendo así que se pueda plantear una superación y no la simple eliminación de la sociedad burguesa, conservando los logros de la civilización y desechando las consecuencias fatales de la explotación capitalista.

Pero hacer teoría no es repetir la palabra de los clásicos, sino desarrollar esa experiencia en nuevas circunstancias de lucha. Lenin desarrolló esa experiencia negando a Marx, lo que constituía la única forma verdadera de ser consecuente con él. En cuanta cuestión enfrentó Lenin en su lucha política o ideológica, resultó que, siguiendo consecuentemente los principios marxistas, el resultado era un nuevo concepto o una nueva forma de entender el asunto. En la cuestión del *partido*, Lenin se concentró en el diseño de una organización nacional selectiva y clandestina, dirigida centralistamente, aunque conservando los principios de la discusión democrática a su interior; bastante distinta a la fundada por Marx como asociación internacional de trabajadores, sin especial selección. En lo tocante a la concepción de la *revolución*, Marx apostaba por el triunfo en los países más avanzados en el camino de la civilización, mientras que Lenin supo ver que las posibilidades de éxito en una insurrección podían darse en varios o incluso solo en un país que fuera el eslabón más débil de la cadena imperialista. En la concepción del tipo de *Estado* que debía llevar la transición, Marx lo declaró sin ambages: la dictadura del proletariado; Lenin, por su parte, se vio en la necesidad de incluir como fuerza

motriz de la revolución a los campesinos, y hablar entonces de una *dictadura revolucionaria de los obreros y campesinos*. En el estudio económico de la sociedad capitalista en su conjunto, Lenin supo apreciar los cambios del sistema desde que Marx y Engels esbozaran su teoría en condiciones de un capitalismo de libre competencia, identificó al *imperialismo* como capitalismo monopolista y lo concibió como fase superior del capitalismo, antesala de la revolución proletaria, con leyes de desarrollo que representaban la negación de las del capitalismo que había estudiado Marx. Por último, tuvo que enfrentar por su cuenta y prácticamente sin antecedentes, la teoría de la construcción de una sociedad nueva, a la que siguió llamando ‘*socialismo*’, a la usanza de la época de la II Internacional; en esta cuestión nada estaba escrito, y tuvo que enfrentarlo no desde un tranquilo gabinete, sino encabezando el gobierno de la revolución, decidiendo a diario sobre los más complejos problemas políticos, económicos, culturales, como quien abre caminos.

En la consideración de cada una de estas situaciones podrá apreciarse con qué cuidado el líder bolchevique llevó el análisis hasta una síntesis teórica y con qué celo luchó porque sus correligionarios y todos los compañeros de la revolución se superaran teóricamente dentro del marxismo, por cuidar la consecuencia más fiel a dicha teoría, con la convicción de que era el instrumento adecuado para poder captar con más exactitud las tendencias de la realidad social de su entorno.

Las primeras luchas teóricas de Lenin fueron por la organización de un partido para la revolución socialista. En este caso, la lucha teórica se planteó contra los populistas; en ella se definía el carácter de la sociedad rusa y de ahí, el carácter del partido y de la revolución a conducir. El socialismo no sería el mismo si se idealizaba la sociedad o si se conocían a profundidad las tendencias económicas y sociales que se gestaban en la vieja sociedad a combatir. Los populistas apostaban al campesinado, pensando un socialismo en base a la *obchina* (comuna), que era el régimen común en que vivió esa clase antes de que el capitalismo comenzara a desgarrar la sociedad rusa. Los marxistas apelaban al proletariado, que ya hacía presencia en Rusia y se presentaba como la fuerza

antagónica al capital dominante. Los populistas apelaban al terrorismo personal, al atentado como estrategia de lucha. Los marxistas a la huelga y a la movilización de las masas, para involucrar a la mayor cantidad de gente en la lucha.

En una de sus primeras obras, *¿Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas?*, Lenin aborda cuestiones relativas al método materialista de Marx e, incluso, toca cuestiones sobre la dialéctica, como el caso del uso de tríadas en la negación de la negación. Se trata, ante todo, de definir el tipo de objeto que asume la investigación de Marx, pues los economistas anteriores hablan de la sociedad “en general”, mientras que Marx tiene en cuenta únicamente la sociedad capitalista moderna, que es la que está interesado en revolucionar:

El gigantesco paso adelante que dio Marx en este sentido consistió, precisamente, en haber arrojado por la borda todos esos razonamientos sobre la sociedad y el progreso en general, ofreciendo, en cambio, un análisis científico de una sociedad y de un progreso: de la sociedad y del progreso capitalistas. (Lenin, 1981c, pp. 148-149)

Desde un primer momento de acercamiento a la obra de Marx, Lenin destaca su cientificidad y sobre esta base traza una estrategia de estudio-acción para la actividad revolucionaria en Rusia.

La visión crítica de Lenin, que no puede sino ser fruto de un agudo sentido teórico, se manifiesta en el análisis de las estadísticas fabriles del régimen zarista en su temprana obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (Lenin, 1981a, pp. 495-508). Lenin destaca la dificultad de que cada investigador trabaja con un concepto distinto de lo que es una fábrica y, por ende, mira a las estadísticas de un modo diferente, sacando conclusiones que no permiten percibir la realidad social en su desarrollo. La conclusión es que no es confiable la estadística fabril y que se necesita un criterio (que él determina en el mínimo de 16 obreros en una empresa) para comparar los datos económicos por etapas. Esto le permite sacar la conclusión del avance del capitalismo en Rusia después de la Reforma de 1861 (Lenin, 1981a, p. 525).

Lenin también discute el concepto de ‘socialización de la producción’ con representantes del populismo ruso, en especial, el Sr. Mijailovsky, quien consideraba superficialmente que la socialización consistía en que una masa de obreros trabajasen juntos en un local (Lenin, 1981a, pp. 494-495). Lenin le aclara que se trata de un proceso mucho más complejo que va creando las bases para un desarrollo de la producción a escala mundial, eliminando la dispersión y rompiendo con las formas de sujeción personal, de enclaustramiento y de aislamiento de la población, llevando a un cambio de espíritu (Lenin, 1981a, pp. 654-656).

La visión de Lenin, alejada de las conclusiones moralizantes de los populistas contra el capitalismo, es al modo científico: una sobria constatación del hecho del rápido desarrollo del capitalismo en Rusia, para llegar a plantear la necesidad de adoptar para el partido obrero que se organizaba una política de lucha consciente contra el capitalismo, pero asumiendo lo progresivo que dejaba en las relaciones económicas y sociales del país (Lenin, 1981a, pp. 652-657).

Una vez sentado que la clase más revolucionaria es el proletariado y que la ideología que debe sentar la práctica política de su partido es el marxismo, Lenin se aboca a la tarea, junto con otros correligionarios, de fundar el partido para la revolución. La primera de las batallas estuvo precedida por una obra eminentemente teórica: *¿Qué hacer?* (Lenin, 1981b)<sup>2</sup>, donde trata acerca de los principios de organización de dicha agrupación. En esta obra, Lenin fundamenta una de las ideas más discutidas todavía hoy: la idea del partido de vanguardia, o partido de nuevo tipo. La conclusión de Lenin de organizar un partido para la revolución en las condiciones de la represión más brutal del régimen zarista y de que ese partido debía ser una organización fuertemente centralizada y que a la vez cumpliera celosamente con mecanismos democráticos en la discusión de cada punto (lo que se llamó en la tradición leninista ‘centralismo democrático’) es una idea que atraviesa por los tiempos históricos, aun cuando fuese poco entendida y menos aceptada por la mayor parte de los entes políticos occidentales.<sup>3</sup>

Sin embargo, había consecuencia en el objetivo: se buscaba un partido para la revolución, no

uno que se adaptara a las reglas de la vida política burguesa; además, el partido, para ser vivo, debía conjugar los dos términos de una contradicción: el centralismo, para que funcionara unido, y la democracia, para que cada militante se sintiera parte del mismo y pudiera dar todo de sí. Era la consecuencia de la teoría dialéctica que el marxismo le transmitía y la realidad le dictaba.

En la vorágine de la revolución primera en que se fogueó el partido recién creado, la de 1905-1907, el líder bolchevique no descansó sacando de cada paso una experiencia que llevaba a análisis teórico. Aquí volvía a estar Lenin ante una cuestión teórica que debió reconsiderar: el marxismo planteaba la necesidad de llevar la lucha hasta la instauración de un régimen de ‘dictadura del proletariado’, pero la situación social en Rusia no permitía al proletariado armar un gobierno con sus propias fuerzas: era numéricamente pequeño en un país mayoritariamente campesino. La lucha por el poder necesariamente debía transitar por una alianza de clases trabajadoras, aunque la idea de la dictadura se planteaba aún con más fuerza, dado el carácter despótico del régimen zarista. Lenin esbozó la idea de una ‘dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado’<sup>4</sup> que tenía la misión de garantizar que la revolución no se limitara a cumplir sus objetivos democráticos, sino que fuera capaz de llevar el proceso hasta el final: al derrocamiento de la clase burguesa y la conversión de la revolución en socialista. Es lo que Lenin llamó, tras Marx la ‘revolución permanente’: un proceso que no se detuviera en las tareas de la revolución democrática y fuera más allá, a la expropiación de capitalistas y terratenientes.

Apoyándose Lenin en la teoría marxista, así como en la propia experiencia política rusa, supo definir *teóricamente* la táctica revolucionaria del proletariado, apoyándose en la correlación de clases en la Rusia revolucionaria de 1905-1907:

El proletariado debe llevar a su término la revolución democrática, atrayéndose las masas campesinas, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose la masa de elementos semiproletarios de la población, para romper por la

fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía. (Lenin, 1982, p. 95)

Esta posición después, en la revolución de 1917, será modificada ante la cambiante circunstancia de la urgencia de la revolución socialista. El partido de Lenin, convencido de que el marxismo prescribía inicialmente cumplir con la etapa de garantías a las libertades burguesas, verá cómo el líder impulsa las tareas propiamente proletarias para profundizar la revolución socialista. Cuánto en esto depende de la teoría o de la intuición, o cuánto depende de la asunción de una teoría que pueda dar fe del hecho revolucionario (es decir, de una teoría *dialéctica*) es lo que debe precisar el análisis minucioso de los hechos. Pero la producción teórica de Lenin era incesante y cada acto de la revolución o de la época de la reacción encontraba a un Lenin presto a analizar la circunstancia, a sacar conclusiones políticas que sirvieran de orientación para la lucha revolucionaria.

La derrota de la Revolución rusa de 1905-1907 fue la época en que con más tensión se puso a prueba la capacidad teórica de Lenin. Dentro del partido bolchevique se dio el fenómeno de proliferación de una de las tantas variantes de lo que Lenin llamó 'revisiónismo'. La filosofía materialista del marxismo fue sometida a revisión y en su lugar se propagó entre intelectuales una filosofía más en boga en los círculos académicos y científicos, variante que mezclaba posiciones del positivismo y del criticismo neokantiano. En Rusia se conoció con el nombre de 'empiriocriticismo'.

Antes de someter a crítica a sus compañeros de partido devenidos 'empiriocriticistas', Lenin escribió un pequeño trabajo caracterizando el revisionismo en general, estableciendo su raíz en los sectores de la pequeña burguesía que van incorporándose al proletariado por la ruina. Esas capas pequeño-burguesas llevan consigo la ideología del pequeño propietario e introducen ideas extrañas al marxismo en su cosmovisión, tanto filosófica, económica como política.

¿En qué estriba la inevitabilidad de este revisionismo en la sociedad capitalista? [...] en todo país capitalista, existen siempre, al

lado del proletariado, extensos sectores de pequeña burguesía, de pequeños propietarios. [...] Estos nuevos pequeños productores se ven arrojados también, de manera tan indefectible, a las filas del proletariado. Es completamente natural que la mentalidad pequeñoburguesa irrumpa de nuevo, una y otra vez, en las filas de los grandes partidos obreros [...]. (Lenin, 1983a, p. 25)

Hoy todavía, como entonces, el fenómeno está vigente, sin que haya avanzado mucho la posición teórica leninista de definir su basamento socioclasista. Al contrario, el término entró en desuso y se toma por buena la posición de buscar –y encontrar– aquellas 'lagunas' que puede haber tenido el pensamiento de los clásicos del marxismo, aquellas tesis que pueden haber quedado relegadas por el tiempo. Y no es que no sea necesaria una revisión profunda de la teoría, al tanto de que se esté respondiendo en todo momento a la realidad. Pero lo inadmisibles es el intento de limar el filo revolucionario de la teoría, de 'revisar' las tesis que llevan a la necesaria sustitución del régimen capitalista por uno más humano, que garantice una vida más libre. De ahí que Lenin se guiara por uno de los principios más discutidos del marxismo-leninismo: el principio del *partidismo filosófico*. Puede prestarse para purgas sociales y represiones intelectuales, pero también es una guía certera para lograr una disciplina intelectual que busque la consecuencia de un pensamiento social en pos de la efectividad de la acción del partido.

*Materialismo y empiriocriticismo* (Lenin, 1983b) es una obra polémica en grado sumo y una de las más combatidas dentro del marxismo no leninista.<sup>5</sup> Sin embargo, es en ella donde se pone de manifiesto la capacidad teórica de Lenin para enfrentar una polémica desde uno de los campos más abstractos de la teoría: la filosofía. Quien escribe esta obra no es un filósofo precisamente, ni siquiera alguien al tanto de la filosofía de su época, pero su autor demostró tener suficiente cultura filosófica y orientación teórica como para aceptar el reto ideológico que representaba el hecho de que intelectuales del partido bolchevique estaban siendo seducidos por una filosofía distinta y contraria al marxismo, poniendo en

riesgo la orientación ideológica del partido, tan imprescindible para la conducción certera de la lucha revolucionaria hacia su realización final.

Thalía Fung, resumiendo las críticas de Néstor Kohan (2003) a *Materialismo y empiriocriticismo*, precisa tres momentos: 1) definir la materia como ‘realidad objetiva’; 2) considerar a la práctica *a posteriori* del conocimiento; 3) anulación de la dialéctica por el objetivismo naturalista (2008, p. 69). Stefano Garroni ha considerado que “[...] se puede hablar de la *ambivalencia* de Lenin, de cierta gran capacidad dialéctica suya (en el aspecto histórico-político), pero también de cierto retroceso teórico suyo, que termina por *contraponer* el marxismo al desarrollo científico moderno” (2013, p. 147). Las críticas, en general, van dirigidas hacia su filosofía y cosmovisión materialista, supuestamente con déficit dialéctico.

Por otro lado, en la filosofía soviética esta obra se convirtió en manual de marxismo para los estudios políticos, exagerando la significación de muchas de las posiciones teóricas de Lenin, como, por ejemplo, la formulación del concepto filosófico de *materia*, la *teoría del reflejo* y el principio del *partidismo filosófico*. El lenguaje de Lenin, por otro lado, no complace a la academia filosófica, por la marcada tendencia al maniqueísmo, al fijar posiciones políticas y filosóficas muy encontradas y sin terceros caminos. Quizás las necesidades de la lucha política imponían en Rusia esa línea, pero ciertamente parece darse de bruces con la dialéctica que tanto defendió el líder ruso.

En el fondo, la agudeza de Lenin le bastaba para distinguir cuando un pensamiento había pasado la raya del oportunismo e integrado las filas de la reacción enemiga. Y en el caso del empiriocriticismo, Lenin no se equivocaba.

Puede que la academia lo juzgue con parámetros teóricos desligados de estremecimientos sociales; por esa vía Lenin parecerá vulgar, formulando preguntas de respuestas obvias (‘¿existía la naturaleza antes que el hombre?’, ‘¿piensa el hombre con el cerebro?’), despreciando las sutilezas intelectuales de filósofos y científicos renombrados que de pronto se ven con el calificativo de “reaccionarios” y un tropel de ofensas más. Pero para la lógica de la revolución, que tiene efectivamente otro camino, este procedimiento teórico de

Lenin es admisible y provechoso. Lenin identifica con habilidad el pensamiento adverso, lo analiza y lo califica. Cada sutileza es captada y desnudada, traducéndola al lenguaje simple y llano del materialismo, que es la corriente filosófica que nombra las cosas directamente.

El filósofo soviético E.V. Iliénkov le dedicó un libro, donde pone a *Materialismo y empiriocriticismo* en su lugar de valía, refutando que la obra esté consagrada solo a la defensa a ultranza del materialismo en general, y no del materialismo marxista, dialéctico, en particular. Demuestra el valor de la obra para el estudio de la dialéctica, con la cual Lenin ya estaba familiarizado en la época (Iliénkov, p. 2014).

Años después, ya triunfada la revolución proletaria, Lenin volvió a tocar la cuestión del materialismo y la dialéctica, cuando celebraba la publicación de la revista teórica *Bajo la Bandera del Marxismo* en su trabajo *El significado del materialismo militante* (1987b). Aquí elogiaba la tarea de difundir el ateísmo y el materialismo del siglo XVIII, independientemente de que cierto contenido resultara anticuado e ingenuo. También recomendaba la alianza de los marxistas con los naturalistas, para tratar de influir en el desarrollo de las ciencias naturales y evitar la desviación de muchos naturalistas del mundo burgués hacia filosofías que él consideraba reaccionarias. Habían pasado casi quince años desde *Materialismo y empiriocriticismo* y Lenin aún resaltaba la importancia de llevar hasta el fin la lucha del materialismo ‘militante’: “Para soportar esta lucha y llevarla hasta el fin con pleno éxito –afirmaba–, el naturalista debe ser un materialista moderno, un partidario consciente del materialismo representado por Marx, es decir, debe ser un materialista dialéctico” (Lenin, 1987b, pp. 30-31).

Exhibiendo una inusual consecuencia con la fuente teórica que le alimenta, Lenin dedica espacio a estudiarla y a definirla. Escribe un artículo sobre Marx para una enciclopedia belga (Lenin, 1984b), un condensado muy conocido sobre las tres fuentes y las correspondientes partes lógicas de la doctrina del marxismo (Lenin, 1984c), así como un breve esbozo histórico de la suerte de dicha doctrina (Lenin, 1984c). En estos escritos no hay demasiadas confrontaciones y la exposición es bastante llana, sin conflictos teóricos,

dando la apariencia de un bloque monolítico, propio para servir a objetivos extra-académicos. En este sentido, Lenin es en parte responsable de la posterior imagen del marxismo que predominó en la filosofía soviética, sin contradicciones, ni errores, ni dudas. La filosofía del marxismo se fue tornando ideología del sistema estalinista, gracias a la beatificación de su contenido.

Reza una conocida definición de Stalin: “El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria” (1966, p. 3). Más allá de lo que pueda sonar excluyente dicha definición, lo cierto es que Lenin pensó en condiciones de una época histórica relativamente nueva, distinta a la que vivieron los fundadores del marxismo y, por ende, tuvo la necesidad teórica de replantearse muchos postulados de manera imperiosa: había que reorientar la lucha de clases del proletariado en las nuevas condiciones del imperialismo.

Al estudio del imperialismo dedicó muchas obras con el objetivo de escrutar la esencia del cambio de época, el cual se percibía muy fuertemente desde el estallido de la guerra mundial. La más conocida de todas ellas fue *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (Lenin, 1985a). La habilidad para el desarrollo de la teoría marxista le permitió a Lenin distinguir la época no por sucesos epidérmicos, sino por cuestiones esenciales:

No podemos saber [dice en *Bajo pabellón ajeno* (1984a)] con qué rapidez y con qué éxito se desplegarán los diferentes movimientos históricos de tal o cual época dada. Pero sí podemos saber [...] *qué clase* ocupa el lugar central en tal o cual época y determina su contenido principal, la tendencia principal de su desarrollo, las principales particularidades de la situación histórica de esa época, etc. (Lenin, 1984a, p. 148)

Este es un trabajo de ocasión, de polémica contra los oportunistas de la II Internacional, en lucha contra los cuales, fue desarrollando ideas originales que servían para perfilar la estrategia de lucha del proletariado.

Lenin logró una caracterización más detallada de la época en su fisonomía económica,

distinguiendo cinco rasgos esenciales: concentración de la producción y del capital hasta el grado de los monopolios; fusión del capital bancario con el industrial, creando la oligarquía financiera; exportación de capitales; formación de asociaciones internacionales monopolistas y reparto territorial del mundo (Lenin, 1985a, pp. 405-406).

Las reflexiones teóricas sobre la época y las características del imperialismo llevaron a Lenin a la conclusión acerca del desarrollo desigual del sistema capitalista y, a partir de aquí, admitir la posibilidad del triunfo de la revolución socialista del proletariado no allí donde estuviesen más desarrolladas sus fuerzas productivas, su industria; sino en lo que llamó el ‘eslabón más débil de la cadena imperialista’, donde las contradicciones en la sociedad hicieran más insostenible la explotación y el gobierno de la burguesía. Ese ‘eslabón más débil’ empezó a ser apreciado en la propia Rusia y Lenin vio en la preparación de su partido bolchevique para la revolución su misión fundamental.

Lenin sometió a estudio la cuestión del Estado, justo en medio del proceso revolucionario que se había desatado en febrero (marzo) de 1917. En esta obra se aprecia la urgencia con que Lenin se planteaba una cuestión teórica; era la urgencia de preparar a su partido para la toma del poder.

Lo primero a definir teóricamente es el Estado, pues si se comprende la cuestión desde el punto de vista marxista hay que empezar por aceptar que el Estado es un instrumento para la dominación política de una clase sobre otras. Eso se da de bruce con la idea burguesa tan extendida –incluso entre dirigentes socialistas– que concibe al Estado como una instancia supraclásista, cuya misión sería evitar el conflicto entre las clases sociales (Lenin, 1986b, p. 7).

Inmediatamente pasa a definir la posición política del marxismo frente al Estado. La primera cuestión aquí es la de adoptar una decidida posición revolucionaria frente al Estado burgués, el cual no se ‘extingue’ espontáneamente, sino por vía violenta, disolviendo las instituciones que hasta el momento han servido de instrumentos de represión a las clases trabajadoras. Lenin repetía la expresión de Marx acerca de que “todas las revoluciones anteriores perfeccionaron la máquina del Estado, pero lo que hace falta es romperla,

destruirla” (Lenin, 1986b, p. 29), recalcando este postulado como “lo principal, lo fundamental, en la teoría del marxismo acerca del Estado” (p. 29).

Concretamente, lo que se entiende por ‘maquinaria estatal burguesa’ es aquel organismo de poder centralizado nacionalmente que se apoya en dos instituciones básicas: la *burocracia* y el *ejército* permanente. Una maquinaria estatal de otro tipo, que no tenga que velar por el aseguramiento de las ganancias de la clase burguesa, puede prescindir, a juicio de los clásicos del marxismo, de estos dos pilares de todo Estado explotador.

Entonces es que se plantea la segunda cuestión, la de qué hacer con el Estado en general, ya que en el movimiento anticapitalista abundan fuerzas que promueven la idea de deshacerse del Estado, como si fuera lo fundamental, de desentenderse de toda autoridad. En esta sensible cuestión, el proletariado victorioso debe comprender que en general la maquinaria del Estado aún le hace falta para aplastar la resistencia de la clase burguesa. Es entonces que aparece la polémica figura de la “dictadura del proletariado”, que tanto rechazo ha encontrado en las sociedades europeas y americanas, fundamentalmente. Lenin, que no tenía la costumbre de adornar mucho el discurso, asumía este concepto plenamente y dedicó esfuerzos intelectuales a desarrollarlo prácticamente. Su declaración es tajante: “Únicamente es marxista quien hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*” (Lenin, 1986b, p. 35).

La ‘dictadura del proletariado’ es la figura que Marx encontró para revelar la esencia de la maquinaria estatal que debía sustituir al Estado burgués. Sin embargo, en la idea de Marx, ‘dictadura del proletariado’ se identifica con ‘democracia plena’. Se trata de un Estado de las mayorías trabajadoras para defenderse de las minorías explotadoras; de un Estado en que fuese innecesaria la violencia para conducir los asuntos sociales, sino que se concentraría la violencia solo para aplastar la resistencia de los explotadores. De modo que, una vez cumplida esa misión, y quedando innecesaria la maquinaria del poder político como tal, el Estado en general pudiera ‘extinguirse’, es decir, pudiera ir perdiendo poco a poco sus prerrogativas de compulsión política,

en la misma medida en que se vaya venciendo la tendencia de la burguesía a vivir del trabajo ajeno, en la medida en que se imponga como norma social el deber de todos los individuos a trabajar o a contribuir de alguna manera a la creación de una riqueza compartida entre todos (Lenin, 1986b, pp. 103-105).<sup>6</sup>

El historiador inglés Neil Faulkner admite que la expresión ‘dictadura del proletariado’ pueda no ser muy afortunada, pero el argumento que aduce se basa en la representación vulgar de concebir la dictadura como lo contrario de la democracia, mientras en la lógica dialéctica del marxismo se comprenden como *contrarios idénticos*. No obstante, Faulkner entiende que la idea que encierra es sólida (2013, p. 309).

Lenin también aprovecha para profundizar en las bases económicas para la extinción del Estado según la visión de Marx, haciendo énfasis en que el comunismo no es planteado como ideal irrealizable, sino como evolución natural a partir de las condiciones creadas por el propio modo burgués de producción. No se puede decir que en esta obra Lenin desarrolle muy originalmente las posiciones de Marx y Engels; más bien lo que hace es polemizar con las corrientes oportunistas en el seno de la Revolución rusa, que no se aprestaban a dar realidad a las ideas marxistas sobre la toma del poder y la estructuración de un nuevo aparato político dirigido por el proletariado. Sí corrige apreciaciones y enriquece las representaciones sobre el comunismo aquejadas de enfoques vulgares.

Esta expropiación [de los capitalistas] –apunta– dará la *posibilidad* de desarrollar las fuerzas productivas en proporciones gigantescas. [...] a romper con la división social del trabajo, a suprimir el contraste entre el trabajo intelectual y el manual, a convertir el trabajo en “la primera necesidad vital”. // [...] cuando los hombres estén ya habituados a observar las normas fundamentales de convivencia y cuando su trabajo sea tan productivo que trabajen voluntariamente *según su capacidad*. (Lenin, 1986b, pp. 98-99)

Es cierto que en la actualidad estas observaciones del líder ruso pueden provocar sonrisas al constatar el rumbo tan contrario que tomó el



Estado surgido de la revolución socialista de 1917. Muchas de sus aseveraciones dieron al traste con una situación que, lejos de promover un tipo de hombre más libre, fue produciendo un hombre sujeto a represiones políticas, ideológicas, culturales y de todo tipo. Pero ese destino del Estado soviético lleva otro análisis muy distinto, lo que no demerita las definiciones de Lenin en su época histórica, tratando de dar realidad a los postulados teóricos de Marx y Engels en la búsqueda de instrumentos políticos determinados para la liberación efectiva de las masas trabajadoras.

La propensión a la teoría de parte de Lenin lo llevaba por los más disímiles problemas. Justamente en septiembre de 1917, al calor de la situación políticamente caótica de la revolución, Lenin apeló al marxismo para esbozar el plan de la insurrección como un arte, distinguiéndose del blanquismo, acusación común de que eran objeto los bolcheviques.

La insurrección, para poder triunfar, no debe apoyarse en una conjura, en un partido, sino en la clase de vanguardia. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en *el entusiasmo revolucionario del pueblo*. Y, en tercer lugar, debe apoyarse en *el momento crítico* de la historia de la creciente revolución en que sea mayor la actividad de la vanguardia del pueblo, en que sean mayores *las vacilaciones* en las filas de los enemigos *y en las filas de los amigos débiles, inconsecuentes e indecisos de la revolución*. Estas tres condiciones al plantear el problema de la insurrección son precisamente las que diferencian *el marxismo y el blanquismo*. (Lenin, 1985b, pp. 250-251)

El líder del partido, con extraordinaria convicción, transmitía ánimo a sus correligionarios, al tiempo que, a tono con la definición del propio Marx de que la insurrección es un arte, impartía las instrucciones precisas para disponer las cosas en el partido, el cual había preparado teórica y prácticamente para la toma del poder. Esta política la había desplegado a contrapelo de muchas fuerzas dentro del propio bolchevismo que se oponían a la insurrección, esperando inútilmente en una evolución pacífica de la revolución por vía parlamentaria (Lenin, 1985b, p. 255).

Y se dio la insurrección con mucho menos resistencia de la esperada, pero siguiendo las líneas teóricas dictadas por Lenin. Que un texto como *El marxismo y la insurrección* (Lenin, 1985b) es teoría, específicamente teoría política, lo atestigua el manejo del material conceptual. Lenin no se limita a dar simples instrucciones, él saca estas instrucciones de toda una concepción acerca de la insurrección; concepción que se apoya en una cosmovisión determinada –la marxista– y que se mantiene dentro de esta concepción, diferenciándose de otras que se le asemejan pero que no son iguales, orientándose por el criterio clasista desarrollado por el marxismo para evaluar las condiciones y el momento preciso de dar el golpe armado.

La preocupación por la filosofía o, con más precisión, por la dialéctica y el materialismo son constantes en el pensamiento de Lenin. Esta preocupación es enteramente política, revolucionaria, no académica, pues Lenin comprendió desde muy temprano que el marxismo era una guía para la acción. Y la no comprensión del marxismo –era su convicción más profunda– traería como consecuencia una práctica inefectiva.

En medio de la conflagración mundial Vladimir Ilich Uliánov estudiaba la lógica hegeliana, subrayando constantemente en la *Ciencia de la lógica* los pasajes que ilustraban el pensamiento dialéctico. Sus *Cuadernos filosóficos* son un laboratorio teórico de interpretación marxista de la dialéctica hegeliana, siguiendo al pie de la letra el consejo de Marx acerca de que la dialéctica hegeliana debía ser puesta sobre sus pies, debía “invertirse” (Marx, 1973, XX).

Lenin esboza aquí su comprensión de la esencia de la dialéctica, indicando el desdoblamiento de la unidad y la relación de sus lados contradictorios como su núcleo, como la fuente del desarrollo, tanto en la naturaleza como en la sociedad y el pensamiento (Lenin, 1986a, p. 321). Hay numerosos apuntes y comentarios sobre el papel de la práctica, entendida esta en su forma materialista, así como aforismos que dieron mucho que hacer a los filósofos de los tiempos soviéticos, como aquel que proclamaba la identidad de la dialéctica con la lógica y la teoría del conocimiento del materialismo (Lenin, 1986a, p. 300).

En las notas que titula *Sobre el problema de la dialéctica* se encuentran apuntes varios sobre lo que iba entendiendo al respecto, ideas que esbozan todo un sistema de pensamiento. Se aprecia su intención de servirse de este en el análisis de la realidad social, pues cae enseguida en un comentario sobre *El capital*, de Marx, y en la afirmación de que “la dialéctica de la sociedad burguesa es solo un caso particular de la dialéctica” (Lenin, 1986a, p. 323). Las notas y observaciones de Lenin acerca de la dialéctica hacen evidente que no estamos ante un improvisado dirigente político que intenta adornar su lenguaje con rebuscadas palabras filosóficas. Lenin estudiaba concienzudamente la dialéctica en sus mejores fuentes y entrenaba su pensamiento en la consideración crítica de las luchas políticas de su tiempo, en el balance de los procesos revolucionarios, en los análisis de la correlación de fuerzas políticas y sociales. Lenin valoraba altamente la importancia de la teoría para encaminar la acción con bases cultas.

No hay espacio en este trabajo para adentrarse en el valor que para la teoría del marxismo tuvieron esas observaciones de Lenin, pero el simple hecho de la constatación de su interés por cuestiones de alto vuelo teórico es manifestación de la seriedad con que enfrentaba el líder de un partido revolucionario la misión que le trazaban las circunstancias.

Que velaba celosamente por el dominio de la dialéctica en cada dirigente bolchevique, lo expresa su obra *Una vez más acerca de los sindicatos, el momento actual y los errores de los camaradas Trotski y Bujarin* (1986c). En una discusión partidista acerca del papel y las funciones que debían asumir los sindicatos en las condiciones de la nueva sociedad socialista, Lenin atacó duramente a estos dirigentes partidistas y llevó sus consideraciones a la cuestión del dominio de la dialéctica, como una exigencia natural a dirigentes bolcheviques. Sobre todo en el caso de Bujarin, a quien critica de ‘eclectico’ por querer conciliar las posiciones de Trotski y Zinóviev. “La dialéctica –afirma Lenin– exige que las correlaciones sean tenidas en cuenta en todos los aspectos en su desarrollo concreto, y no que se arranque un trocito de un sitio y un trocito de otro” (1986c, p. 298).

Se trataba de una discusión en que Zinóviev opinaba que los sindicatos debían ser *escuela* y Trotski afirmaba que, por el contrario, debían ser *aparato* de administración, mientras que Bujarin conciliaba eclécticamente las posiciones diciendo que ambos tenían razón, que podían ser ‘escuela’ y ‘aparato’. Lenin, por su parte, luego de indicar la unilateralidad de las posiciones de los primeros y el eclecticismo del tercero, afirma que el razonamiento marxista, apoyado en la lógica dialéctica debe ir más lejos.

Para conocer de verdad el objeto hay que abarcar y estudiar todos sus aspectos, todos sus vínculos y “mediaciones” [...]. En segundo lugar, la lógica dialéctica requiere que el objeto sea tomado en su desarrollo [...]. En tercer lugar, toda la práctica del género humano debe entrar en “la definición” completa del objeto como criterio de la verdad y como determinante práctico del vínculo del objeto con lo que necesita el hombre. En cuarto lugar, la lógica dialéctica enseña que “la verdad abstracta no existe, la verdad es siempre concreta [...]”. (Lenin, 1986c, p. 302)

Resumiendo su posición en el caso discutido, Lenin afirma: “Los sindicatos no son escuela y administración, sino *escuela de administración*” (1986c, p. 305), sintetizando dialécticamente de ese modo los elementos contrarios puestos en juego.

En 1921, habiendo triunfado sobre los ejércitos extranjeros y los guardias blancos en la guerra civil, el partido encabezado por Lenin protagonizó un viraje espectacular en la conducción política y económica del país: se aprobó pasar a una nueva política económica (NEP). El problema radicaba en que la propuesta difería extraordinariamente de la política comunista seguida hasta el momento y se abría el país de nuevo a la producción mercantil y a todos los resortes que el régimen de producción burgués tenía para estimular el trabajo de los obreros y, fundamentalmente, de los campesinos. El país sufría por hambre y por desabastecimientos y ya no existía la razón de la guerra para justificar la política aplicada en el período anterior.

El sistema de contingentación en el campo [–afirmaba Lenin en una alocución–], esta manera comunista de abordar directamente las tareas de organización de la economía en la ciudad, entorpecía el ascenso de las fuerzas productivas y fue la causa principal de la profunda crisis económica y política con que tropezamos en la primavera de 1921. (1987c, p. 166)

Desde el punto de vista político se aprecia la honestidad del líder al reconocer que la NEP representaba un paso atrás, al capitalismo. Reconocía los riesgos que implicaba ese paso en cuanto al comprometimiento de la victoria del proletariado en su revolución socialista, pero los asumía por comprender teórica y prácticamente que sin abastecimientos y sin alimentación no habría tampoco socialismo.

Desde el punto de vista teórico se replantea la cuestión del tránsito al comunismo en relación a las formas y los plazos temporales. Es la cuestión del llamado ‘período de transición’ que, en la consideración del propio Marx abarcaba toda una época histórica. Los bolcheviques quisieron apurar procesos. La NEP fue la comprensión de que no se debía “pretender al tránsito inmediato al comunismo” (Lenin, 1987c, p. 172). La transición al comunismo se debería entender como lo que es: un período en el que coexisten los dos sistemas principales y donde debe atenderse aún el principio del interés y de la responsabilidad personales para estimular la producción y el desarrollo de la fuerza productiva. Esto se relacionaba con la tarea de elevar el nivel cultural que permita a los obreros dominar los procesos productivos y así crear los cimientos que sirvan de base al comunismo (Lenin, 1987c, p. 176). En la visión dialéctica de Lenin, el eslabón principal al que había que asirse en ese momento histórico era el *comercio interior*, regulado por el Estado. De nuevo el planteamiento de la unidad de contrarios (en este caso, comunismo y comercio) que concebía como el corazón de la dialéctica (Lenin, 1987c, p. 234). “Si *ahora* «nos aferramos» a este eslabón con suficiente fuerza, podremos estar seguros de ser los dueños de *toda* la cadena en un futuro próximo” (p. 234). Esta era su sentencia en este delicado punto.

No le alcanzó la vida para ver el resultado. La URSS, que nacía por esos tiempos, no sucumbió. Alrededor de ocho años más se mantuvo la NEP hasta que Stalin decidió sustituirla por otra política de fuerza que sumió al pueblo soviético en penurias que poco tenían que ver con el socialismo, ni con la discusión democrática de los asuntos sociales que promovió la Revolución de Octubre y de lo que Lenin presu- mía con toda razón.

Las últimas preocupaciones de Lenin tenían un marcado carácter teórico y práctico. En su lecho de enfermo dictó trabajos de un gran valor para su estudio. Entre estos sobresale el que dictó sobre las cooperativas, donde desarrollaba la idea de la necesidad de establecer ese sistema de trabajo, sobre todo en el campo, con vistas a la socialización de la producción en condiciones de fragmentación campesina (Lenin, 1987d, p. 389). Además, dictó ideas en torno al fortalecimiento del Estado obrero y campesino, juzgó acerca del significado de la Revolución rusa y sus peculiaridades como proceso civilizatorio, reflexionó sobre el partido y la mejor forma de estructurar aparatos y figuras que garantizaran una continuidad de la revolución.

Hemos señalado aquí, en una apretada síntesis, determinadas situaciones en las que el líder ruso puso su empeño de análisis teórico. No son todas, pues no se ha mencionado el problema nacional, sobre lo que escribió mucho; tampoco se ha tocado lo suficiente su proyección internacional dentro del movimiento socialista y comunista internacional, especialmente con la crítica a la II y la creación de la III Internacionales; su relación con la intelectualidad, que resulta de las contradicciones de la propia situación de esa capa social que refleja la ambigua posición en que se encuentra comúnmente.

En resumen, es de admitir que Lenin manifestó un profundo interés por la teoría, que se identificó tempranamente con una visión del mundo que llevó consecuentemente hasta el final, aunque no se limitó a copiar para su difusión, sino que desarrolló, sobre la base del análisis minucioso de los datos reales, la teoría, desarrollando la posición de los clásicos en la materia que se tratara. Insistió mucho –sobre todo en el plano polémico con los oportunistas– en el

materialismo marxista y en la dialéctica como modo de razonamiento y de desarrollo de la realidad.

Aquí se ha hecho más hincapié en la exposición positiva de la forma de pensar de Lenin, por encima de la consideración crítica de cada uno de los momentos que han sido considerados. El interés estaba más en presentar la forma leniniana de teorizar, pero sería loable adentrarse en las apreciaciones contrarias que aquí solo han sido insinuadas, someterlo a crítica y apreciar cuánto de lo dicho se sostiene o no.

Hoy, a pesar de las campañas que durante tanto tiempo han venido atacando a Lenin, se hace necesario volver a él a esclarecer conceptos, a que nos inspire el juicio. Es la fuerza del pensamiento de Lenin y su vigor, que se renueva en cada uno de los movimientos estentóreos del capitalismo, cuando los mecanismos de dominación pacífica (la democracia formal) dejan a la intemperie los verdaderos resortes que la mueven (los intereses económicos más descarnados, representados por las grandes fortunas); cuando la experiencia de los movimientos populares vuelve a desgastarse en escaramuzas pacíficas enfrentadas con violencia por el capital. Siempre que la burguesía aplaste con saña un movimiento popular, aparecerá la imagen del líder que supo conducir a un pueblo atrasado a la victoria sobre un régimen despótico, con inteligencia, forjando un instrumento político (el partido) y aprovechando las instituciones que el pueblo se dio (los soviets). La sagacidad teórica del dirigente de los bolcheviques debe ser conocida y estudiada para sacar conclusiones para las situaciones que hoy presenta la lucha de clases.

### Notas

1. Bujarin apuntó en su momento: “Él se ocupó *constantemente*, incluso durante la violenta lucha de clases, de las cuestiones teóricas, sin embargo *nunca* las vio separadas de la práctica. Su práctica es la práctica de un revolucionario. Lo mismo vale para su teoría” (2008, p. 24).
2. Así evalúa Atilio Borón el *¿Qué hacer?* de Lenin: “[...] se trata de un libro dotado de una densidad teórica poco común. [...] se toma el trabajo de examinar meticulosamente cada uno de los argumentos de sus adversarios. [...] responde a una preocupación concreta. La emergencia de un gran movimiento de masas llamado a cambiar el curso de la historia de la humanidad [...]” (2005, pp. 54-55).
3. Por cierto, que Antonio Gramsci fue un radical comunista que luchó por la estructuración de su partido según los principios leninistas de organización por células (2001).
4. Afirma Lenin: “La tarea consiste ahora en determinar *qué* clases precisamente y *cómo* *precisamente* deben construir la nueva superestructura. ¡Sin esa definición, la consigna de revolución en el momento es una consigna vacía y sin sentido [...]! Y esa definición es concretamente la consigna de dictadura democrática del proletariado y los campesinos. Esta consigna define tanto a las clases en que pueden y deben apoyarse los nuevos “constructores” de la nueva superestructura como su carácter (dictadura “democrática” a diferencia de la socialista) y el método de construir (dictadura, esto es, aplastamiento por la violencia de la resistencia violenta [...])” (1982, p. 125).
5. “[...] la obra más vituperada de Lenin [...]” (Fung, 2008, p. 69).
6. Lenin lo dice de esta manera en el saludo a los obreros húngaros por su revolución: “[...] la esencia de la dictadura del proletariado no reside solo en la violencia, ni principalmente en la violencia. Su esencia fundamentalmente reside en la organización y disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente: el proletariado” (1986d, p. 385).

### Bibliografía

- AA.VV. (1999). Lenin (mesa redonda). *Contracorriente*, 15-18. Pp. 177-210.
- Borón, A. (2005). Actualidad del *¿Qué hacer?* (Estudio introductorio). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Bujarin, N. (2008). El teórico de la Revolución. *Marx Ahora*, 24. Pp. 24-27.
- Faulkner, N. (2013). *De los neandertales a los neoliberales. Una historia marxista del mundo* (trad. Juanmari Madariaga). Barcelona: Pasado y Presente.
- Fung, T. (2008). Acerca del pensar de Lenin: indagaciones filosóficas y políticas. *Marx Ahora*, 24. Pp. 61-73.

- Garroni, S. (2013). La ambivalencia de Lenin. *Marx Ahora*, 36. Pp. 141-153.
- Gramsci, A. (2001). La organización por células y el II Congreso Mundial. *Marx Ahora*, 12. Pp. 154-157.
- Hill, C. (1990). *La Revolución rusa*. La Habana: Edición Revolucionaria.
- Iliénkov, E.V. (2014). *La dialéctica leninista y la metafísica del positivismo. Reflexiones acerca del libro de V.I. Lenin "Materialismo y empiriocriticismo"* (trad: Víctor Antonio Carrión) Quito: Edithor.
- Kohan, N. (2003). *Marx en su (tercer) mundo*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- Lenin, V.I. (1987a). Acerca de la significación del oro ahora y después de la victoria completa del socialismo. *Obras completas* (5ta ed., t. 44). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1987b) El significado del materialismo militante. *Obras completas* (5ta ed., t. 45). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1987c). La nueva política económica y las tareas de los Comités de Instrucción Política. *Obras completas* (5ta ed., t. 44). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1987d). Sobre las cooperativas. *Obras completas* (5ta ed., t. 45). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1986a). Cuadernos filosóficos. *Obras completas* (5ta ed., t. 29). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1986b). El Estado y la revolución. *Obras completas* (5ta ed., t. 33). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1986c). Una vez más acerca de los sindicatos, el momento actual y los errores de los camaradas Trotski y Bujarin. *Obras completas* (5ta ed., t. 42). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1986d). Un saludo a los obreros húngaros. *Obras completas* (5ta ed., t. 38). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1985a). El imperialismo, fase superior del capitalismo. (Esbozo popular). *Obras completas* (5ta ed., t. 27). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1985b). El marxismo y la insurrección. Carta al Comité Central del POSD(b) de Rusia. *Obras completas* (5ta ed., t. 34). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1984a). Bajo pabellón ajeno. *Obras completas* (5ta ed., t. 26). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1984b). Carlos Marx (Breve esbozo biográfico con una exposición del marxismo). *Obras completas* (5ta ed., t. 26). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1984c). Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo. *Obras completas* (5ta ed., t. 23). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1984d). Vicisitudes históricas de la doctrina de Carlos Marx. *Obras completas* (5ta ed., t. 23). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1983a). Marxismo y revisionismo. *Obras completas* (5ta ed., t. 17). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1983b). Materialismo y empiriocriticismo. Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria. *Obras completas* (5ta ed., t. 18). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1982). Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática. *Obras completas* (5ta ed., t.11). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1981a). El desarrollo del capitalismo en Rusia. Proceso de la formación del mercado interior para la gran industria. *Obras completas* (5ta ed., t. 3). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1981b). ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento. *Obras completas* (5ta ed., t. 6). Moscú: Progreso.
- \_\_\_\_\_. (1981c). ¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas? *Obras completas* (5ta ed., t.1). Moscú: Progreso.
- Marx, C. (1973). *El capital. Crítica de la economía política*. La Habana: Ed. de Ciencias Sociales, t. I.
- Plá León, R. (1999). Lenin y la responsabilidad intelectual. *Contracorriente*, 15-18. Pp. 215-221.
- Stalin, J. (1966). *Los fundamentos del leninismo*. Pekín: Ed. en Lenguas Extranjeras.
- Steinberg, I.N. (1961). *En el taller de la revolución*. La Habana: Edit. Librerías Unidas.
- Walter, G. (1970). *Lenin* (trad: Ramón Lamonedá Izquierdo). La Habana: Ciencias Sociales.

**Rafael David Plá León.** Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas. Doctor en Ciencias Filosóficas.

Dirección postal: 4ta ave., no. 2109, e/21 y 23, Varadero, Municipio Cárdenas, Provincia Matanzas, CUBA. e-mail: rafael@uclv.edu.cu

Recibido: 1 de agosto de 2018

Aceptado: 8 de agosto de 2018